

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXV

San José, Costa Rica **1938** Sábado 21 de Mayo

Núm. 19

Año XIX — No. 851

SUMARIO

Don Manuel González Zeledón o la primacía de la cordialidad.....	J. M. Arce	El homenaje a Sanín Cano.....	Carlos García Prada
Carlos.....	Magón	Lautz (5).....	Henri Borel
Una protesta y una fe.....	J. García Monge	Página lírica.....	Gris
El "buen vecino", ¿garantía definitiva?.....	Haya de la Torre	Mensaje de adhesión al Gobierno y Pueblo mexicanos.....	Varios
En elogio de Anibal Ponce.....	Jesús Silva Herzog	Genios en emigración.....	Alberto Gerchunof
Anibal Ponce ha muerto en México.....	Felipe Cossio del Pomar	Mi mujer y mi monte.....	Yolanda Oreamuno
Homenaje a Sanín Cano, en su cumpleaños.....	Benjamín Carrión y Carlos Vesga Duarte	Tomás Mann y La próxima victoria de la Democracia.....	Simeon Strunsky

Don Manuel González Zeledón o la primacía de la cordialidad

Por J. M. ARCE

= Colaboración. Hanover, N. H., junio de 1937 =



Manuel González Zeledón
(Magón en 1931)

24 de diciembre de 1864 - 29 de mayo de 1936

"Asegurado para caso de muerte y para caso de accidente, y más que asegurado contra decepciones por la experiencia adquirida; ni envidioso ni envidiado; hombre de pocos pero de muy buenos amigos; con vergüenza y sin miedo; con fé en sí mismo y muy poca en los demás. Dios y mi Diestra y *Nunquam Retrorsum*, por lemas. Sin escudo y sin escudos.

(De *Magón*, en su autobiografía (Nueva York y diciembre de 1910)
En el Prólogo de *La Propia*, 2da. edición, San José de Costa Rica, 1920).

Un año hará que se reunió a su pueblo para siempre un generoso espíritu en que alentaba lo más fecundo y risueño de nuestro pasado. Don Manuel González Zeledón era una vocación cumplida y se extinguió con la serenidad de un patriarca, entre los suyos, en el regazo de la Costa Rica de hondas querencias cuya lejana imagen había llenado su alma de evocaciones y añoranzas, cuando ya volvía definitivamente a su tierra después de treinta años de vida animosa en suelo extranjero.

Don Manuel, al emigrar a los Estados Unidos, por signo misterioso del destino tajó el curso de sus días en dos épocas distintas. Atrás quedaban las alegrías y desalientos de su niñez y las doradas vicisitudes de sus años mozos. Su formación de hombre en la gran aldea que era el San José de aquel entonces se refleja con la poesía del cariño en sus cuadros de costumbres. Por arte de esta amorosa preocupación, su vida de costarricense es la más transparente que conoce nuestra historia. Todos podemos referir y casi fechar, como si hubiéramos seguido sus pasos de capitalino de fin de siglo, sus afanes y congojas de chico de casa pobre, sus tempranos entusiasmos de estudiante codicioso de saber, los empeños del aprendizaje práctico de una profesión y, más tarde, los ajetreos del periodista que reparte su tiempo entre polémicas y refriegas de partido y la virgen tarea de arrancar del natural los personajes originarios de su tierra para llevarlos con el colorido del propio escenario a sus crónicas y relatos. Estos años de formación y de inquietudes y realizaciones de hombre ya cuadrado ante el destino son parte del patrimonio emocional de todo lector costarricense. Para Don Manuel cerraron un ciclo aparte de su existencia que él compendia en un nombre lleno de armonías: Costa Rica.

La segunda mitad de su vida se sume en gran parte en el silencio. No porque él, dueño de las mejores dotes de una generación egregia, no hubiera logrado conquistar en su nuevo ambiente una posición desahogada para sí y para los suyos y una serie de preeminencias entre las colonias hispanoamericanas de Nueva York y de Washington, ni tampoco porque se hubiera ensombrecido o apagado la gallardía de su temperamento, sino porque, en última instancia, sus nuevas actividades y aun sus horas de triunfo y de regocijo no resuenan en su alma como circunstancia hondamente vivida. Hubo en ello cierta ilusión de interinidad que él jamás se preocupó de desvanecer: nunca aceptó su ausencia de Costa Rica como definitiva. Para su genio esencialmente sociable, de arraigada sensibilidad, el brusco traslado de las saboreadas atenciones de patria chica en la cual él se había sentido